

rimada al pecho de Jupiter, trocó lo cárdeno en blanco, quiso dar à entender el Santo Padre con esta muestra, los fragantes albóres de su alma, por lo que procuraba imitar à Christo Crucificado. Otros pa-

sages se ofrecerán en adelante, que confirmarán este asunto, en credito de su Religion heroica, y apoyarán el debido lleno; que dió à esta virtud santísima.

## CAPITULO IV.

*DEL PERFECTISIMO MODO CON QUE el Siervo de Dios practicó las Virtudes Cardinales, y Morales. Tratase de su humildad, y paciencia, y se refieren algunos admirables*

*sucesos.*

**L**A Prudencia, à cuya luz deben su beldad las demás virtudes, resplandeció con tan eminente modo en este Varón admirable, que por antonomasia se puede llamar el Prudente. Así lo demostró el acertado régimen de sus acciones propias, y la recta direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al Sumo Bien, desviando los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbrando con discrecion à los progimos, para que en los pasos pelígro-

sos evitasen los escollos. Conservó en su memoria los sucesos pasados, previno casos futuros, congeturó lances posibles, discernió tiempos, logró ocasiones; y disponiendo lo presente con providencia, atendió con cautela à lo distante. Fue su modestia sin afectacion, su humildad sin hazañería, su gravedad sin altivez, su devocion sin hipocresía, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion. Tuvo gran docilidad en aconsejarse de otros, especialmente de sus Prelados, y Con-

fe:

fesores; y por lo mismo fue siempre discretísimo en la austeridad, penitencia, mortificacion, y otras empresas de monta: nivelando hasta las mas minimas por el dictamen ageno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, y lo provechoso de lo nocivo. Lo adornó el Cielo de quantas partes componen à esta prenda de la naturaleza: de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia, providencia, y agudeza, con cuyos dones consiguió su industria continuos aciertos en los negocios que se le ofrecieron en los Claustros, en los Pueblos, en las Ciudades, con los Plebeyos, con los Nobles, y con los Principes.

Quando la arduidad del asunto se escondia de su comprehension, consultaba en la oracion à Dios, se valía de las oraciones de otras Personas, y solia usar de suertes licitas: y si con estas diligencias aún perseveraba dudoso, pedía dictamen à los que hacía juicio que podian instruirlo; con cuyos suplementos de luz, pasaba con la seguridad del consejo à la

práctica de la obra. Suplicó en una ocasion la Real Audiencia de Guatemala al muy Reverendo Padre Comisario General, que enviase al V. P. à aquella Ciudad, y Reyno, para que apagase algunos pleytos, y discordias, persuadidos por las experiencias que tenian de su conducta, à que solo el Siervo de Dios los podia sosegar. Hallabase por este tiempo el P. Fr. Antonio en las Conversiones de los Adaisés, en distancia como de mil leguas: y considerando el prudentísimo Prelado lo abanzado de su edad, lo quebrantado de su salud, y la notable falta que haría en aquellas nuevas Misiones, tuvo por bien escribirle, que consultase al Señor en la Oracion, y egecutase lo que le pareciese mas conveniente. Luego que el V. Varon recibió la carta, y se hizo capáz de su contexto, acudió qual otro Samuel à los oídos de Dios, refiriendole su duda, y perplexidad, para no faltar à la obediencia en la mas minima circunstancia, y para no manifestar en un apice la necesidad de su Persona en una parte, ni en otra, con agravio

Ee 2.

de

de la humildad. Por fin, lo que hizo fue remitir la carta al Reverendo Padre Guardian, y Discretos del Colegio de Zacatecas, rogandoles, que atendido el caso con madurez, resolviesen lo que juzgasen mas conveniente: y que si tenian por mas acertado el que perseverase en aquella nueva Conquista, lo escusasen con el Superior, à quien escribia juntamente, dandole cuenta de esta determinacion, y de la confusion en que se hallaba. Hicieronlo asi los Discretos, y Guardian, juzgando por mas seguro, el que perseverase en la reduccion de los Bárbaros, exponiendo al Prelado las razones, con que quedó satisfecho, y avisando al V. P. su parecer, que venerandolo por mandato, añadió el laurél de la obediencia à su humildad, y coronó con duplicado triunfo su prudencia.

Fue singular en el Don de Consejo, con que dirigió innumerables almas, no solo en los Confesonarios, sino tambien por cartas, que le quitaban el tiempo para el descanso, para dar à otros alivio. A este fin era solicitado de todos en los

Claustros, en los Templos, en los caminos, en todas partes, y à todas horas: teniendose por dichoso el que para sus empresas conseguía comunicar sus dudas con un Sugeto tan expectable. Sobre este punto podria hacer muchos Capítulos, sin mas trabajo, que epilogar sus respuestas. Pero si por la uña se conoce el Leon, y por el dedo el Gigante, baste por muchas la que dió à cierto Presidente de una de estas Reales Audiencias, en ocasion que le consultó si le sería licito poner un juego para utilizar algunas cantidades, con el fin de dar estado à sus hijos. Este fue el principal asunto de la consulta, y la respuesta del Siervo de Dios fue la siguiente: *Lo mismo será poner V. S. juego, que poner fuego, con que Dios nuestro Señor quemé, y abraze à V. S. y à todas sus cosas. Si à V. S. le denunciassen un famoso Ladron, ¿no deberia, como buen Juez, perseguirlo, aprisionarlo, seguirle la causa, y ponerlo en la borca? pues pregunte V. S. à los Fugadores, quien les ha quitado el caudal, y verá como unos le dicen, que el juego les quitó el Patrimonio*

otros

*otros le dirán, que les quitó la Tienda; otros, que les quitó el Capote; y otros, que les quitó la Camisa. ¿Y à este Ladron quiere V. S. amparar? ¿No hará quanto pudiere para ponerlo en la carcel, y aborcarlo? Fuera de esto, ¿quantos juramentos, maldiciones, blasfemias, y otras ofensas de Dios no se cometen en el juego, como Sinagoga, que es del Diablo? Sé que nos hemos de ver en el Tribunal de Dios, y para que V. S. alli no me acuse, le hablo aqui con esta entereza.*

De la virtud de la Justicia, que es la que sirve mas à la Caridad de Dios, y del progiño, fue siempre una animada ley, y viva práctica en todos sus generos, y especies. Irrefragable prueba son de esta verdad, aquel ardiente zelo del bien común, con que mas era de todos, que de sí mismo: aquella vigilancia para que se observasen nuestra Seráfica Regla, Constituciones, y Bulas, con la puntualidad mas exacta: aquella ciega obediencia con que veneraba à los Superiores, y la igualdad con que miraba à los Subditos: aquella sencilla ingenuidad con que corregía los de-

fectos sin pasion, y premiaba los meritos con equidad. Y por fin, fue en esta vida uno de aquellos à quienes alcanzó la bienaventuranza de tener siempre hambre, y sed de Justicia, procurandola para sí, y para los demás, con oraciones, lagrimas, consejos, Sermones, aplicacion al Confesonario, empresas peligrosas, y mortificaciones asperas, segun veremos despues. La gratitud, efecto de la Justicia, tuvo tan especial lugar en su corazon, que à mas de dar à sus Bienhechores las debidas gracias por los beneficios mas minimos, se constituía deudor por nuevo titulo, para negociarles multiplicadas remuneraciones del Cielo.

En la Fortaleza, que es virtud acompañada de la magnanimidad, para las acciones heroicas de la tolerancia, para sufrir las adversidades, y de la paz del corazon, para que ni los cuidados causen zozobras, ni las dilaciones enfados, ni los peligros temores, fue en todo tan excelente, que no se rindió à montes de imposibles, permaneciendo en sus buenos propósitos, hasta coronarse triunfan-

fante. En varias ocasiones se arrojó todo el Infierno para derribarle con los alicativos de la carne, y con las falacias del mundo; pero nunca retrocedió de aquel admirable orden de vida, con que desde sus primeros años hizo pacto con su Magstad, que primero lo arroja-se en cuerpo, y alma à las infernales llamas, que permitiese el que lo ofendiese gravemente. Nunca fue su fervor relampago fugitivo, ni centella que se desvanece, ni Astro con mudanzas: ni fueron sus santas determinaciones Planeta con detrimientos, Luna con menguantes, ni Sol con eclipses. Haviendo entrado con Escolta de Soldados à reducir unos Indios Infieles en el Reyno de Guatemala, halló en ellos mucha resistencia, por sugestiones del Bárbaro Capitán que los gobernaba. En esta atencion, despues de muchas persuasiones, con que procuraba catequizarlos, enatdecido en zelo de la honra de Dios, se afrontó con el Gentil Caudillo, diciendole tales razones, que lo dejó lleno de terror, y espanto. *Padre, ¿qué ha hecho?* (exclamaron los

Soldados) discurriendo que al punto se amotinarían los Gentiles, y les quitarían la vida. Mas no fue asi; y premiando el Señor la invencible fortaleza de su Siervo, se humilló el Capitán, besó la mano al bendito Padre, se rindió al yugo de la Fé, y con él se redujo toda su gente al Gremio de la Santa Iglesia. En otra ocasion cogió de las barbas à un Indio ya Christiano, de venerable aspecto, à quien su Cura tenia por Santo, y meciendole con suavidad, se volteó para el Párroco, diciendole en alta voz: *¿Este Santo? El mayor perro que tiene todo el Reyno de Guatemala.* Postrose luego el Indio à sus pies, diciendo con muchos suspiros: *Ya llegó el tiempo,* descubriendo sin dilacion, ser el Fautor de varias hechicerías, que havian ocasionado muchos perjuicios en la Jurisdiccion, y sus continentes.

En la virtud de la Templanza, que refrena los movimientos interiores del ánimo, y las acciones exteriores del cuerpo, dió en todo pruebas muy eficaces de ser un Varon especialmente adornado de la ho-

honestidad, y modestia, de pureza, y castidad, de recato, y pudicicia, de sobriedad, y abstinencia, que son los elementos que la componen. Asi lo manifestó en la mortificacion de sus potencias, y sentidos, en la pobreza, y desnudéz de Habito, en la suavidad de sus medidas palabras, en sus pasos graves, y compuestos, y en sus ayunos continuos, y rigorosos. Tuvo desde sus primeros años al amor propio por declarado enemigo, siendo una de sus mas provechosas máximas, oponerse con tesón à sus sutiles saetas, no fiandose (segun decia, y aconsejaba) del mayor Demonio, llamado Don yo; y por lo mismo nunca hallaron domicilio en su corazon, ni la alabanza, ni la altivéz, ni la ambicion, ni el aplauso, como verdadero humilde.

En la virtud de la Humildad fue singularisimo, reputandose por indigno de qualquier beneficio de la gracia, y aun del mas minimo socorro de las causas naturales. Siempre encubrió las valentías de su espíritu con las cenizas de la nada, que fue la mas robusta pea-

ña, en que colocó la estatua de su desprecio. El mayor blason conque autorizaba sus cartas, fue anteponer la nada à su nombre, firmando: *La misma nada, Fr. Antonio Margil de Jesus.* Fue aplaudido dentro, y fuera del Claustro, por uno de aquellos Varones grandes, que suele Dios enviar al mundo, para reparar sus ruínas; pero nunca lo derribó el uracán de la vanagloria, que ha dado al traste con tantos cedros: porque siempre se tuvo por un Jumento, por un Borrico, y aun en menos que un mosquito. En algunos respectivos lanceces, no prevenidos tal vez, en que su profunda humildad huvó de porfiar con ingeniosas máximas para no quedar vencida de otros humildisimos Sugetos, especialmente en un amigable encuentro que se le ofreció con el Venerable Padre Felipense Don Pedro de Sosa, y otro con el V. P. Juan Zerón, Jesuita, siempre quedó la del P. Fr. Antonio triunfante. En una ocasion, que cierto Prelado de Guatemala le respondió con aspereza à una propuesta que le hizo el Siervo de Dios, instado

de algunas Personas, que la calificaron por decorosa à su Colegio, se levantó al punto del asiento, procuró besarle la mano, y le dió las gracias con reverentes expresiones, porque lo havia desengañado, rogándole que lo hiciese así en adelante.

Predicando en cierta Iglesia del Obispado de Nicaragua, le interrumpió su Cura el Sermon desde el Presbyterio, mandándole que bajase del Pulpito, llenándolo de desprecios. Obedeció sin abrir los labios à vista de todo el concurso, y arrojándose à los pies del ignorante, y altivo Párroco, se los besó con gran respeto, agradeciéndole que alumbrase su ignorancia, y que humillase su soberbia. Venía entoces el Siervo de Dios de la Talamanca para Guatemala, y encontrando al Señor Obispo, que venia desde Leon para Granada, le preguntó por su destino, lleno de confusion, viendolo caminar à pie, y descalzo por aquella ardiente, y quebrada tierra. A este tiempo fue llegando el Cura, que hacia muy poco lo havia hecho bajar del Pulpito, y desde el ins-

tante que lo divisó Fr. Antonio, interrumpió la razon de su derrota, que estaba dando en medio del camino al Ilustrisimo Prelado, diciendole con mucho júbilo: *Perdoneme vuesa Ilustrisima que no puedo dejar de saludar quanto antes à este Padre, que es mi amo, y mi Señor, y le debo lo que no acertaré à agradecer.* Y diciendo esto se fue presuroso para él, y le besó los pies, y las manos, con estrañas demostraciones de cariño, pagándole por segunda vez los pasados improperios en aquella autorizada publicidad, à precio de beneficios grandes. Del mismo modo, y con igual humildad se portó con otro Cura, que al verlo entrar en su Curato con mucha gente, que lo acompañaba cantando, y rezando, dijo al concurso con voz desentonada: *¿A caso habeis salido à recibir à este Padre porque lo teneis por Santo? Los Santos, son Santo Domingo, y San Francisco; que este es un hypocrita, que engaña al mundo.* Pero como el humildisimo Varon estaba tan versado en la christiana Filosofía de la humildad, estas injurias, y contradicciones le

servian para mayor lustre, y para multiplicar los triunfos. Por manera, que por la plana, ò nivel de su humildad profundisima, llegó à tanta eminencia el mystico edificio de sus virtudes, que segun le manifestó el Señor à la Venerable Doña Ana Guerra, mas es asunto de admiracion, que de poder explicarse.

Estos, y otros sucesos, que omito por casi identicos, son el mas abonado Testimonio de su invicta paciencia, cuya heroicidad queda plenamente demostrada en la relacion de su trabajosa vida. Nunca se indignó con criatura alguna, ni le parecieron graves los mas insuperables trabajos, ni se contristó por innopinadas contingencias, ni se escandalizó por el mal proceder del progimo, ni mostró ademanes afeeminados de flaqueza. Hallándose en la Ciudad de Guadalupe empenado en pacificar ciertas ruidosas disensiones, fue à visitarlo uno de los Sugetos del primer carácter, diciendole, que estaba escandalizado de lo que estaba sucediendo en aquella perturbada Ciudad. Oyóle

muy circunspecto el Siervo de Dios, y le respondió muy al intento de este modo: *No pierda V. S. la paciencia, ni la paz del corazon, y verá como no se escandaliza.* Acuerdese de lo que dice David: *Pax multa diligentibus legem tuam, & non est illis scandalum.* Haviendo tenido noticia, que una mal disciplinada Persona le havia levantado un feo testimonio, respondió con mucha serenidad: *Sea por amor de Dios. Su Magestad, que le ha dado licencia para decirlo, la perdone por su infinita misericordia.* Gloriabase, à imitacion del Apostol, en todo linage de tribulaciones, así exteriores, ó nacidas inmediatamente de las causas segundas, como interiores, ò derivadas de los retiros, y desamparos de Dios. Pero como la tribulacion ocasiona la paciencia, la paciencia hace prueba de la virtud, esta prueba dá alientos à la esperanza, y la esperanza animada de la caridad, nunca queda confundida, ò defraudada; quanto mayor era la tribulacion, tanto mas se dilatava su corazon magnánimo: y en vez de romper en pala-

bras, ò voces, para la queja, ciones, enriqueciendose continuamente de meritos.

## CAPITULO V.

### DE LAS ASPERISIMAS PENITENCIAS del Siervo de Dios, y de su continua mortificacion de sentidos, con algunos casos prodigiosos.

**E**N las mortificaciones, y penitencias, que à mas de ser parte de la Justicia vindicativa, son la sal que preserva de corrupcion las costumbres, refrenando los apetitos, defendiendo los meritos, y allanando el paso para coronarse de triunfos, fue tan insigne el V. P. Fr. Antonio, que se hace imposible el laconismo en la relacion de este asunto. Comenzó temprano à tratarse con aspereza, como aconseja el Espiritu Santo al Varon Justo, rindiendo desde su niñez lo brutal à la razon, y castigandose como culpado, antes de tener edad para poder ser delinvente. Trasplantado à la Religion, dió desde luego tales muestras de estar enseñado en el manejo de estas armas, tan provechosas, como usadas de

los Santos, que à juicio de sus Directores, excedian sus fuerzas el común nivel de la debilidad humana. Sus disciplinas frecuentes, y las mas de sangre, su continuo uso del silicio de alambre, ò cerdas, sus alimentos rusticos de yervas silvestres, y amargas raíces, sus ayunos rigorosos, y no interrumpidos, sus vigiliass sucesivas, y tan largas, y su caminar à pie descalzo tantos millares de leguas, sin guia, sin vagage, sin bastimento, expuesto à la inclemencia, al desabrigo, y à los peligros, no solo se pueden llamar pàsimo de mortificacion, y asombro de la penitencia, sino continuos ensayos del martirio, que deseó toda su vida conseguir de manos bárbaras. Quantas veces le cogió la noche en las bastas soledades de

este mundo al arrimo de los peñascos, ò de algun arbol in-fructifero, hecho víctima generosa del sufrimiento, y gloriosa emulacion de los Macarios, Ilariones, Zosimos, Serapiones, Onofres, y otros de los mas famosos Héroes, que habitaron los desiertos de Egipto, y las cuevas de Palestina? *Tomese por fee, y testimonio (solian decir algunos Sugetos de los mas insignes de la Sagrada Compañia de Jesus) que el P. Fr. Antonio Margil ha andado desde Mexico à Guatemala à pie, y no es menester mas para canonizarle.*

Era este dicho muy familiar entre estos Sapiientissimos, y experimentados Varones, así por lo dilatado del viage, como por lo empinado de las cuestas, por los derrumbaderos de las montañas, y lo escaso de viveres, y alimentos: todo lo qual, hace necesario el transitar con generosas mulas, para lograr la escasa comodidad, que ofrecen las cortas posadas, que se hallan en tantos centenares de leguas. Y si à esto añadimos, que este camino lo anduvo el Siervo de Dios varias

veces, segun queda dicho, con otros no menos asperos, como son los de Nicaragua, Costarica, Talamanca, Tejas, Nayerit, y otros varios, salpicando las piedras, y arenas con la sangre de sus pies, ¿quién no dirá, que estas voluntarias carnicerías, que en un pecador fueran penitencias grandes, y mortificaciones heroicas, en un Varon tan inocente, se deben llamar martyrios? Pues agreguemos à esto aquella extraordinaria velocidad con que corria la tierra; aquel incansable espíritu con que hacía Coro de los desiertos, alabando à Dios nuestro Señor, y à su Santissima Madre, conmoviendo las chozas de los rusticos, las cabañas de los Pastores, los Pueblos, y las Ciudades; aquel infatigable zelo con que se egercitaba en predicar, y confesar, luego que llegaba à los Poblados, sin quedarle tiempo muchas veces para tomar un ligero descanso, y siendo necesario que le hiciesen varias instancias para reparar la flaqueza humana con algun corto alimento. Y por fin, tengase presente, que despues de tan penosos afanes, se levantaba à